

Sólo que Ter aguarda

Ahora veo Ter en una villa multiplicada de historias; doblándose, desdoblándose, para espejo de Torroella de Montgrí. Y a la vista el mar, entre deltas, marismas, arrozales, frente por frente de las islas Medas, que, un siglo entre los siglos, acabarán a golpe de aluviones en la costa, muy junto al cabo Estartit.

Donde el Ter muere

Viejo nidal, Estartit puerto se recoge a la vera del río y mano izquierda de su desembocadura. Recorta los cielos el castillo de Bagur. Una cinta blanca baja a la playa de Sa Riera, en el paisaje inclinado, de plano abrupto.

Calma, la mar luce su azul pálido.

En Estartit, donde el río muere, contra los verdes oscuros brillantes de los pinares se labra la Torre de Pals. Hay un alrededor de pinceladas áureas, y cercanía de arrozales y malsanos. Pomposa, lenta, la fronda es un muro botánico que se recama de sal. En la perspectiva, forestada, aguza su veleta el campanario de Torroella de Montgrí.

Patético destino: Torroella, viuda de un mar que en tiempos la asediaba y fortalecía; entona su escena de la muerte en éxtasis Ter. Contrafuertes de la Gavarra, de formas reposadas con la ermita de los Ángeles en la arista, azogan el Poniente. Áridas, las montañas de Montgrí se apagan de gris violáceo. Sobre el larguísimo caserío blanco de Estartit, un cabezo de roja tierra fresca. El cielo es alto, puro, tiernamente azul.